

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

11 / 2008

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
MSc. Juan M. Reyes Cardero
Dra. Corinne L. Hofman

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. Gabino La Rosa Corzo (Cuba)
Dr. José Oliver (Puerto Rico)
Dr. Antonio Curet (Puerto Rico)

Correspondencia a:

✉ Casa del Caribe
Calle 13 no. 154 esq. a 8
Reparto Vista Alegre.
Santiago de Cuba, CP. 90 400
CUBA. Tlf. (53) (226) 643609
Fax (53) (226) 642387
Correo electrónico:
revistadelcaribe@cultstgo.cult.cu

✉ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

✉ Betty Meggers
PO Box 37012
NMNH MRC-112
Washington DC 20013.
USA

ROBERTO VALCÁRCEL	2	Las sociedades agricultoras ceramistas en Cuba. Una mirada desde los datos arqueológicos y etnohistóricos
MICHELE H. HAYWARD FRANK J. SCHIEPPATI MICHAEL A. CINQUINO	20	La organización religiosa en la era de la cerámica tardía en el Caribe
OSCAR PEREIRA PEREIRA	28	La confluencia del arte rupestre aborigen y de esclavos cimarrones en las cuevas de Cuba
GERARDO IZQUIERDO DÍAZ RICARDO SAMPEDRO	42	Las sociedades pretribales tempranas en Villa Clara, Cuba. Nuevos descubrimientos y realidades
ROGER ARRAZCAETA ROBIN GARCÍA PÉREZ	54	La región pictográfica Guara: propuesta de una nueva hipótesis explicativa
DIVALDO A. GUTIÉRREZ RACSO FERNANDEZ ORTEGA JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO CLENIS TABARES MARIA	68	La Piedra Letrada o de los Indios, Municipio Constanza, Provincia La Vega, Republica Dominicana. Un acercamiento a su estado de conservación
RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA DIVALDO A. GUTIÉRREZ JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO	81	Divulgación y exhibición del arte rupestre como vía para la educación patrimonial. Fundamentos y características generales en Cuba
ULISES M. GONZÁLEZ	98	Ciboneyes, guanahatabeyes y cronistas. Discusión en torno a problemas de reconstrucción etnohistórica en Cuba
JORGE ULLOA HUNG	106	Una nota al margen. Crónica de una datación olvidada
CARLOS A. HERNÁNDEZ OLIVA	111	Lo imposible hecho realidad: ha muerto Jorge Brito Niz
	113	Notas de Arqueología
	119	De los autores

Coordinadores:

Jorge Ulloa Hung
Roberto Valcárcel Rojas

Equipo de realización:

León Estrada, editor
Raimiz Destrades
Julio Corbea Calzado

El Caribe Arqueológico es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, Zona Postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620 / 168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN 1682-7562.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum, S. A.



TARAXACUM S.A.



LAS SOCIEDADES AGRICULTORAS CERAMISTAS EN CUBA. UNA MIRADA DESDE LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOHISTÓRICOS

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS



Las sociedades agricultoras ceramistas establecidas en el territorio cubano al momento del arribo español, ofrecen la imagen más asequible y popular de lo indígena en la historia de la Isla. Al contar su estudio con el soporte del dato etnohistórico, la visión general y también en algunos casos especializada, ha dado preeminencia a una formulación determinada por la descripción europea. Este enfoque es sin dudas problemático en tanto muchos aspectos no son considerados por la información etnohistórica y porque esta no siempre es clara o precisa. Por otro lado, muchas situaciones visibles para los españoles en el siglo xv o xvi solo se explican en el contexto de procesos iniciados siglos antes, incluso fuera de Cuba, y de los cuales solo puede dar cuenta la Arqueología.

Combinando datos arqueológicos y etnohistóricos ofrecemos una reseña de la presencia de estas sociedades en Cuba. Se pretende aportar una perspectiva actualizada, tratar aspectos que han matizado la historia de su investigación, y referir elementos del panorama caribeño, imprescindibles para entender el tema.

Se trata de un área de estudio donde se refleja, de modo muy peculiar, el curso de la investigación arqueológica cubana y varios de sus principales retos. En tal sentido es notorio cuanto falta por saber en torno a estas comunidades, cada día más difíciles de nombrar ante el cambiante panorama generado desde nuevos datos y enfoques. De hecho, el viejo monopolio sobre la cerámica y la agricultura como referentes principales a la hora de distinguirlas, se tambalea ante las evidencias dentro y fuera de Cuba de grupos pescadores-recolectores o arcaicos, proyectados como productores, con manejos agrícolas diversos, y con reportes de cerámica mucho más amplios y tempranos que lo esperado (Ulloa y Valcárcel 2002; Rodríguez Suárez *et al.*, 2006; Pagan y Rodríguez Ramos 2007; Rodríguez Ramos *et al.*, 2008).

Sin desconocer esta realidad, recurrimos a las denominaciones agricultores ceramistas o agroalfareros para hablar de gentes de base lingüística aruaca con una agricultora de mayor potencia y protagonismo económico que la reportada en contextos arcaicos,

y con una fuerte dependencia del cultivo de tubérculos; con cerámicas de superior complejidad tecnológico-decorativa y relevancia productiva, relacionadas con tradiciones alfareras suramericanas y con una parafernalia ornamental y ceremonial ausente en los arcaicos.

BUSCANDO UN NOMBRE. HACIENDO ARQUEOLOGÍA

La denominación "indios" aparece en las primeras informaciones sobre Las Antillas recogidas en el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón (1961: 70), y responde a la errónea creencia sobre el hallazgo de Las Indias y sus habitantes. Es una denominación flexible, constantemente reajustada por los europeos, que se convierte en un recurso de dominación colonial al ser usada para designar a los pobladores de las Antillas Mayores y Las Bahamas, "pacíficos y civilizables", en contraposición a los llamados "caribes", radicados en las Antillas Menores y aptos para ser esclavizados en razón de su actitud belicosa y de la práctica del canibalismo. Al emplearse para referir gentes distintas a los caribes adquiere un carácter supraétnico, homogenizando artificialmente poblaciones que a lo largo de la crónica europea también muestran aspectos de diversidad.

En Cuba, Fray Bartolomé de Las Casas (1972: 74) distingue tres tipos de indios. Los llamados "indios de la isla" que separa de otros indios "los cuales son como salvages, que en ninguna cosa tratan con los de la isla, ni tienen casas", y viven en cuevas en el extremo occidental de la Isla; son estos los "Guanahatabeyes". También "hay que se llaman Zibuneyes, que los indios de la misma isla tienen por sirvientes, y así son casi todos los de los dichos jardines" (Las Casas 1972: 74).

Los datos de la crónica sugieren un nexo de los "indios de la Isla" con poblaciones sedentarias agricultoras que centran el proceso de interacción con los europeos y sostienen también la economía de la Cuba colonial temprana. Las descripciones etnohistóricas de su mundo cultural, lenguaje y apariencia, las acercan a las comunidades de La Española. Según Las Casas (1994: 1853, 1857) eran muy parecidos a los habitantes de esta Isla desde donde habían venido unos cincuenta años antes de la llegada de los europeos imponiéndose a los Cibuneyes o Ciboneyes,¹ considerados por el fraile como población nativa (Las Casas 1994: 1852). Estos últimos aparecen en una posición contradictoria; son similares a los indios de los jardines (Figura 1), muy parecidos a los lucayos y "que no trabajan en hacer labranzas" (Las Casas 1972:

74), referencia que apunta a grupos arcaicos; sin embargo, los datos de la época muestran gran similitud entre los lucayos (habitantes de Las Bahamas) y los indios de la isla tanto en lenguaje como en lo concerniente a una existencia sedentaria y a los usos agrícolas. Esto deja en pie la posibilidad de un ciboney con agricultura y cerámica.

Algunas de estas ideas y el dato de la crónica europea en general, fueron asumidos prácticamente sin mayor análisis hasta casi el siglo xx. Aunque en el siglo xix se realizaron revisiones de tales textos, encaminadas a valorar la presencia indígena en el territorio cubano y al estudio de su lengua y origen territorial (Ortiz 1935), se trataba de un pasado subestimado o muchas veces conscientemente rechazado.

A fines del siglo xviii y durante el xix se menciona el hallazgo de objetos atribuidos a los indios, pero hasta 1847 no se realizan las primeras exploraciones arqueológicas, en este caso a cargo de Miguel Rodríguez Ferrer. Ante el carácter primitivo atribuido a los indígenas de la Isla, Rodríguez Ferrer considera como obra de culturas de Yucatán algunas piezas de alta calidad estética obtenidas durante sus trabajos (Ortiz 1935: 80). La confusión continuó con el hallazgo de cráneos deformados a partir de los cuales Felipe Poey (Ortiz 1935: 91) valoró la existencia de indios caribes en Cuba.

En el siglo xix, en un ambiente de pobre manejo de las crónicas y de mínimo análisis arqueológico, y en el contexto de antagonismos políticos desde los cuales se recurría al pasado indígena para fundamentar actitudes patrióticas, el término siboney se popularizó como denominación general de la población de la Isla (Pichardo 1990: 4). En los primeros años del siglo xx se impuso una visión, sostenida principalmente por Carlos de la Torre, que consideraba parte de las distinciones referidas por la crónica, y en la cual la definición de siboney incorporaba a todas las comunidades indígenas, excepto a los aislados guanahatabeyes (Pichardo 1990: 4). Casi veinte años más tarde, con mejores datos arqueológicos y también desde una perspectiva donde se asumían las diferencias mencionadas por la crónica, Harrington fundamenta el uso de un tercer vocablo: Taíno.

Aunque ya había sido manejada por algunos cubanos, la nueva denominación logró posicionarse rápidamente en la Isla gracias al peso de la autoridad científica de Fewkes con su texto *Prehistoric Culture of Cuba* (1904), y al soporte investigativo de la obra de Harrington, *Cuba antes de Colón*, publicada en 1921. Harrington

(1935: 10, T. 2) toma el vocablo de hechos ocurridos en La Española durante el segundo viaje de Colón, cuando un grupo de indígenas dijo ser taínos, es decir, hombres buenos, no caníbales. Desde esta postura proyecta en el plano arqueológico la recuperación del término que C. S. Rafinesque que había realizado en el siglo XIX, al intentar dar rostro etnográfico a las comunidades de las Antillas Mayores y Las Bahamas (Hulme 1993: 204); sin embargo, nada indica que los europeos o los mismos indígenas lo usaran como un marcador étnico (Hulme 1993: 204).

La similitud referida por la crónica entre los grupos de La Española y Cuba, las conexiones lingüísticas y el reporte arqueológico de objetos muy parecidos en ambas islas, sirvieron a Harrington para extender el término taíno a Cuba. Las noticias de Las Casas sobre una migración tardía desde La Española, también fueron presentadas como soporte de la idea, aunque Harrington (1935: 11, T. 2) no consideró como taínos solo a los grupos de esta última oleada; dio tal carácter a todo el poblamiento de agricultores con cerámica presente en la Isla desde fechas anteriores. Por su parte, los ciboneyes aparecen como una población atrasada, sin agricultura o cerámica y dependiente de útiles rudimentarios elaborados en concha y piedra; los guanahatabeyes se asumen como una variación de la cultura ciboney.

Harrington (1935, T. 1) fija los caracteres del taíno desde una perspectiva arqueológica: uso de artefactos de piedra pulida, producción cerámica con empleo de decoraciones incisas y modeladas, burén para la elaboración de casabe, abundantes ornamentos corporales, práctica de la agricultura y habitación en terrenos aptos para esta, uso de terraplenes o cercados térreos y manejos funerarios en asentamientos y cuevas. Mantiene además ideas manejadas dentro y fuera de Cuba sobre su origen suramericano y una filiación lingüística aruaca² descartando, al definir la proveniencia taína de los cráneos deformados, la presencia Caribe en la Isla.

La clasificación de Harrington fue asumida rápidamente por los investigadores cubanos. El éxito del término taíno estuvo en la posibilidad de aunar en torno a su diferencia respecto al poblador Caribe, esquemas de culturas con agricultura y cerámica localizados en distintas islas. El sentido real de la denominación, su capacidad de definir una identidad de grupo y su alcance étnico, fue un tema en cuyo análisis no se profundizó.

Taíno quizás era un adjetivo, más que un etnónimo como plantean Petersen, Hofman y Curet (2004: 18), o tal vez un indicador de posición social.³ Es extraño que apenas se cita en los relatos y

documentos españoles; no obstante, todo esto resultaba irrelevante en el contexto de enfoques teóricos interesados en caracterizar culturas desde sus rasgos más generales. Tales incongruencias no escaparon a intelectuales como Fernando Ortiz (1935: 271), pero taíno era una etiqueta convenientemente abierta y manipulable, sin las dificultades de correlación temporal, espacial y lingüística existentes en denominaciones de mayor trasfondo étnico como ciboney, macorix o ciguayo.

Harrington reconoció diversos niveles de desarrollo dentro de los taínos, y llegó a considerar la existencia de una expresión más simple en el caso de Jamaica: Subtaíno. Veinte años después y tras un intenso trabajo de exploración y estudio de colecciones centrado esencialmente en la región de Banes, actual provincia de Holguín, estas diferencias fueron detalladas y reformuladas por el arqueólogo norteamericano Irving Rouse (1942: 31; 163-166) como dos grupos étnicos.

Sobre un estudio esencialmente cerámico, al que agrega la valoración de patrones de asentamiento, probable extensión de las ocupaciones, presencia de cercados térreos y petroglifos, y usando como referencia los datos cerámicos de Haití, Rouse estructura las diferencias. Distingue en el extremo este de Cuba (en la actual provincia de Guantánamo) cerámicas complejas, asimilables a las de la cultura Carrier de Haití, relacionadas con obras térreas y petroglifos. Al hallárseles solo en el este y en sitios cuya ocupación no parece haber sido muy extensa, asume un arribo tardío desde Haití, y establece un vínculo con la información de Las Casas sobre los últimos emigrantes provenientes de La Española. Usa para estos el término taíno.

Reconoce el predominio en el centro y el oriente de otras formas de cerámica más simples, similares a las de la cultura Meillac de Haití. Se localizan en depósitos arqueológicos cuya densidad sugiere ocupaciones extensas y por ello una entrada anterior a la del taíno; sin relación con cercados térreos o petroglifos. A falta de una adecuada denominación histórica para estos, recupera el término subtaíno dejando implícita la idea de su inferioridad cultural respecto al taíno (Rouse 1992: 31).

Rouse (1942: 163-164) propone las culturas Pueblo Viejo y Baní como expresión cubana de las culturas haitianas Carrier y Meillac. En años posteriores, ajustará estos elementos a su esquema de desarrollo caribeño, integrándolas con carácter de estilos a subseries cerámicas: Chican ostionoid y Meillacan ostionoid, según se escriben en inglés (figura 14, Rouse 1992: 52-53).

El trabajo realizado por Rouse fue reconocido por la calidad de su enfoque analítico, pero su división del taíno no fue aceptada por muchos. En su texto *Caverna, Costa y Meseta*, de 1945, Felipe Pichardo Moya objeta con razón la selección del término subtaíno, completamente arbitrario y carente de base histórica, y cuestiona la capacidad de los elementos diferenciadores considerados por Rouse para sustentar distinciones culturales. Pichardo (1990: 8) dejó claro que la cuestión radicaba en los elementos a usar para definir culturas, aunque no planteó una perspectiva conceptual al respecto y tampoco aportó ninguna evidencia concreta, con un serio cuerpo de datos como había hecho Rouse, para refutar los elementos de diferenciación.

Pichardo (1990: 77) vincula de manera explícita al taíno (para él todas las comunidades agricultoras) con los "indios de la Isla" de Las Casas. Por su parte Fernando Ortiz (1943), en línea con la tesis diferenciadora de Rouse, usa el término siboney para el subtaíno. El siboney de Ortiz se ampara en las referencias de similitud de esas comunidades con los lucayos y en la correspondencia de su carácter temprano y extensa ocupación territorial, con el dato arqueológico sobre una presencia agricultora ceramista de parecidas características. Esta idea también había sido manejada por Rouse (1942: 31) quien abandona la denominación ante la necesidad de sostener su esquema de un ciboney sin agricultura y cerámica, aunque mantendrá la opinión de que los ciboneyes históricos eran los agricultores ceramistas de los arribos iniciales (Rouse 1992: 20). Todas las posiciones antes comentadas suponen maneras distintas en el esfuerzo por ajustar datos arqueológicos y etnohistóricos, una tarea que ha rendido pocos frutos.

En los años siguientes, el dato arqueológico intentó ajustarse a esquemas homogenizadores como el de Harrington o Pichardo, o diferenciadores como el de Rouse u Ortiz (1943), recurriendo a terminologías diversas pero sin mayores aportes en lo referido a la base histórica o a la comparación de los rasgos culturales. El esquema de Rouse sobrevivió incluso en un texto de la importancia de *Prehistoria de Cuba* (1966) de Tabío y Rey, donde se proponía una perspectiva conceptual nueva, la marxista.

De cualquier modo, a la larga se impuso la idea de uniformidad cultural en línea con postulados del nuevo paradigma, donde se da preeminencia al estudio de la base económica en tanto aspecto determinante de la conformación social. En la propuesta formulada por Ernesto Tabío (1984) y enunciada en los setenta, se apar-

tan los referentes clasificatorios etnográficos recurriéndose a elementos arqueológicos considerados distintivos y conectados con la economía y sus niveles de complejidad. Así la agricultura y la presencia de una fuerte industria alfarera servían para considerar una etapa de desarrollo económico (etapa agroalfarera) con fases establecidas según la cronología y la complejidad de desarrollo dentro de la etapa.

Criterios semejantes marcan a principios de los años noventa la proposición de J. M. Guarch (1990) de una etapa de Economía Productora con una fase denominada Agricultores. Guarch sostuvo la importancia del aspecto económico como elemento de integración, y relacionó los rasgos diferenciales con situaciones de desarrollo cultural regional (variantes culturales). En este sentido abre todo un camino en la comprensión de la diversidad de estas comunidades, y en el reconocimiento del valor de los procesos de desarrollo local o regional como fenómenos generadores de circunstancias culturales y esquemas arqueológicos particulares, donde el ambiente y la interacción entre grupos son factores claves.

Tabío y Guarch no manejan los términos etnográficos, pero en sus esquemas quedan implícitos detalles de las diferenciaciones arqueológicas de Rouse. La postura de Guarch sobre el taíno está vinculada a un criterio que junto a otros investigadores plantearía en la obra *Historia de los aborígenes de Cuba (según datos arqueológicos)*. Para ellos se trata de varias etnias unidas en su base racial y lingüística y en el manejo de ciertas tradiciones ancestrales, pero con identidades diferenciadas. Estiman que el término "debe ser desechado desde todos los puntos de vista por su ambigüedad e inconsistencia etnológica, arqueológica y semántica" (Guarch *et al.*, 1995).

En los últimos años, la visión clasificatoria proyectada hacia la economía y no hacia los rasgos culturales o etnohistóricos, ha sido matizada con nomenclaturas generalizadoras como etapa de la economía productora de las comunidades neolíticas (Domínguez, Febles y Rives 1994), con enfoques que incorporan concepciones sobre la evolución de la sociedad como comunidades tribales agroceramistas (Torres 2006) o con denominaciones que integran varias perspectivas como es el caso de formación económico social de los productores tribales (González e Izquierdo 2006).

En lo que respecta a taíno⁴ y subtaíno, ambas denominaciones han sido prácticamente abandonadas, especialmente la segunda, o se usan solo en una perspectiva divulgativa. La arqueología

cubana en sus sector más analítico dejó de manejarlas no solo por las inconsistencias que le son inherentes o por los cambios generados por el marxismo, sino porque se mantuvo aislada de la discusión antillana donde el término y sus implicaciones sí eran relevantes. Este distanciamiento supuso cierta independencia de las tesis y enfoques de Rouse y la posibilidad de explorar otras áreas de estudio relacionadas con el tema. Lamentablemente a larga esta libertad tampoco fue aprovechada, pues no se generó una visión realmente nueva, entre otras cosas debido a una reflexión constreñida al espacio cubano y aun dependiente de los manejos normativos.

Ignorar el término no implica que las interrogantes relacionadas con él hayan sido resueltas. Sigue sin esclarecerse adecuadamente la validez y la significación de las diferencias cerámicas y culturales que Rouse refiere y que de una u otra manera se han aceptado y mantenido hasta hoy, sobreviviendo como trasfondo de las diversas clasificaciones y periodizaciones. Tampoco se ha precisado adecuadamente si estas diferencias existen en otros aspectos del registro arqueológico y si connotan distinciones en cuanto a formas de organización social o identidad.

DE SUDAMÉRICA AL CARIBE

Aunque los estudios lingüísticos y biológicos han contribuido a establecer detalles del origen de estas sociedades, el enfoque arqueológico, en especial a partir de datos cerámicos, se ha impuesto como mecanismo principal para el manejo del tema. La visión dominante ha sido estructurada alrededor de esquemas desarrollados básicamente por Rouse durante casi sesenta años. Desde esta perspectiva se definen culturas marcadas por ciertos caracteres estilísticos de la cerámica —especialmente decorativos—, que se mueven en el tiempo y el espacio ocupando gradualmente los territorios mientras se adaptan y transforman; los ejes cultura y tiempo y el enfoque difusionista marcan un análisis donde queda muy poco espacio para la explicación de actitudes sociales o estas se manejan en una expresión simplificada y predefinida. La gente, su comportamiento y variabilidad, desaparece tras la cerámica.

Como sociedades matrices de los desarrollos antillanos se reconocen comunidades agricultoras de base lingüística aruaca localizadas hacia el segundo milenio a. C. en el valle del Orinoco. Portan cerámicas de la serie Saladoid,⁵ en su subserie “Ronquinan Saladoid”, caracterizadas por vasijas acampanadas con diseños

geométricos pintados en rojo o en blanco sobre rojo, incisiones curvilíneas, entrecruzadas y asas en D con elementos modelados. Comunidades con este componente se mueven hacia la costa, entre Surinam y parte del este de Venezuela (Figura 1), donde desplazan a los grupos arcaicos y desarrollan esquemas de vida con un fuerte componente marítimo y una nueva expresión cerámica denominada por Rouse (1992:77) subserie “Cedrosan saladoid” (usaremos el termino cerámicas saladoides). En esta subserie los rasgos ronquinan se modifican al incrementarse el uso de la decoración pintada, incluso con elementos policromos, y de la decoración modelada, disminuyendo la importancia del entrecruzado inciso en zonas.

El crecimiento demográfico, la presión de otras comunidades también provenientes del Orinoco y el interés por explotar los recursos de las islas, se consideran causas de la posterior entrada de estos grupos, hacia el 350 a. C., en el arco isleño antillano. En estos territorios generan una ocupación que en algunos sitios de las Antillas Menores parece mantenerse hasta el siglo x d. C. (Petersen, Hofman y Curet 2004: 24).

Los grupos saladoides alcanzaron Puerto Rico (Figura 1) e incluso se cree que llegaron a asentarse en el este de La Española (Rouse 1992: 90). Protagonizaron movimientos migratorios múltiples durante largos periodos de tiempo, en los cuales se fueron conociendo, seleccionando y ocupando espacios en la medida que se gestaba una notable diversidad cultural. Rouse (1992) reconoce en estas migraciones el sustrato principal de los posteriores desarrollos antillanos, especialmente los referidos a las grandes antillas y Las Bahamas. Esta ha sido por mucho tiempo la opinión dominante, aunque es creciente la idea de la existencia de otros procesos de génesis basados en las sociedades arcaicas prearuacas ya radicadas en las islas (Rodríguez Ramos *et al.*, 2008) o en la entrada de grupos no saladoides.

La evidencia más consistente⁶ en este último sentido la aportan los hallazgos realizados en el sitio La Hueca-Sorcé, en Puerto Rico. En un contexto que sugiere un arribo algo más temprano que el saladoides (Keegan y Rodríguez Ramos 2004: 11), aparecen algunas formas de vasijas no reportadas por este. También se localiza (Curet, Torres y Rodríguez 2004: 62-63) una cerámica diferenciada de los patrones saladoides por el no uso de diseños pintados y por la abundancia de decoración incisa entrecruzada en zona rellena de pintura blanca o roja. Se dan también diferencias en lo

cubana en sus sector más analítico dejó de manejarlas no solo por las inconsistencias que le son inherentes o por los cambios generados por el marxismo, sino porque se mantuvo aislada de la discusión antillana donde el término y sus implicaciones sí eran relevantes. Este distanciamiento supuso cierta independencia de las tesis y enfoques de Rouse y la posibilidad de explorar otras áreas de estudio relacionadas con el tema. Lamentablemente a larga esta libertad tampoco fue aprovechada, pues no se generó una visión realmente nueva, entre otras cosas debido a una reflexión constreñida al espacio cubano y aun dependiente de los manejos normativos.

Ignorar el término no implica que las interrogantes relacionadas con él hayan sido resueltas. Sigue sin esclarecerse adecuadamente la validez y la significación de las diferencias cerámicas y culturales que Rouse refiere y que de una u otra manera se han aceptado y mantenido hasta hoy, sobreviviendo como trasfondo de las diversas clasificaciones y periodizaciones. Tampoco se ha precisado adecuadamente si estas diferencias existen en otros aspectos del registro arqueológico y si connotan distinciones en cuanto a formas de organización social o identidad.

DE SUDAMÉRICA AL CARIBE

Aunque los estudios lingüísticos y biológicos han contribuido a establecer detalles del origen de estas sociedades, el enfoque arqueológico, en especial a partir de datos cerámicos, se ha impuesto como mecanismo principal para el manejo del tema. La visión dominante ha sido estructurada alrededor de esquemas desarrollados básicamente por Rouse durante casi sesenta años. Desde esta perspectiva se definen culturas marcadas por ciertos caracteres estilísticos de la cerámica —especialmente decorativos—, que se mueven en el tiempo y el espacio ocupando gradualmente los territorios mientras se adaptan y transforman; los ejes cultura y tiempo y el enfoque difusionista marcan un análisis donde queda muy poco espacio para la explicación de actitudes sociales o estas se manejan en una expresión simplificada y predefinida. La gente, su comportamiento y variabilidad, desaparece tras la cerámica.

Como sociedades matrices de los desarrollos antillanos se reconocen comunidades agricultoras de base lingüística aruaca localizadas hacia el segundo milenio a. C. en el valle del Orinoco. Portan cerámicas de la serie Saladoid,⁵ en su subserie “Ronquinan Saladoid”, caracterizadas por vasijas acampanadas con diseños

geométricos pintados en rojo o en blanco sobre rojo, incisiones curvilíneas, entrecruzadas y asas en D con elementos modelados. Comunidades con este componente se mueven hacia la costa, entre Surinam y parte del este de Venezuela (Figura 1), donde desplazan a los grupos arcaicos y desarrollan esquemas de vida con un fuerte componente marítimo y una nueva expresión cerámica denominada por Rouse (1992:77) subserie “Cedrosan saladoid” (usaremos el termino cerámicas saladoides). En esta subserie los rasgos ronquinan se modifican al incrementarse el uso de la decoración pintada, incluso con elementos policromos, y de la decoración modelada, disminuyendo la importancia del entrecruzado inciso en zonas.

El crecimiento demográfico, la presión de otras comunidades también provenientes del Orinoco y el interés por explotar los recursos de las islas, se consideran causas de la posterior entrada de estos grupos, hacia el 350 a. C., en el arco isleño antillano. En estos territorios generan una ocupación que en algunos sitios de las Antillas Menores parece mantenerse hasta el siglo x d. C. (Petersen, Hofman y Curet 2004: 24).

Los grupos saladoides alcanzaron Puerto Rico (Figura 1) e incluso se cree que llegaron a asentarse en el este de La Española (Rouse 1992: 90). Protagonizaron movimientos migratorios múltiples durante largos periodos de tiempo, en los cuales se fueron conociendo, seleccionando y ocupando espacios en la medida que se gestaba una notable diversidad cultural. Rouse (1992) reconoce en estas migraciones el sustrato principal de los posteriores desarrollos antillanos, especialmente los referidos a las grandes antillas y Las Bahamas. Esta ha sido por mucho tiempo la opinión dominante, aunque es creciente la idea de la existencia de otros procesos de génesis basados en las sociedades arcaicas prearuacas ya radicadas en las islas (Rodríguez Ramos *et al.*, 2008) o en la entrada de grupos no saladoides.

La evidencia más consistente⁶ en este último sentido la aportan los hallazgos realizados en el sitio La Hueca-Sorcé, en Puerto Rico. En un contexto que sugiere un arribo algo más temprano que el saladoides (Keegan y Rodríguez Ramos 2004: 11), aparecen algunas formas de vasijas no reportadas por este. También se localiza (Curet, Torres y Rodríguez 2004: 62-63) una cerámica diferenciada de los patrones saladoides por el no uso de diseños pintados y por la abundancia de decoración incisa entrecruzada en zona rellena de pintura blanca o roja. Se dan también diferencias en lo



Figura 1. La Isla de Cuba. Zonas de reporte de sitios arqueológicos agricultores ceramistas. Posición en el Caribe.

referido a la piedra tallada (Keegan y Rodríguez Ramos 2004: 11) y, como un elemento muy distintivo, se reporta la fabricación de una lapidaria de alta calidad, la cual usa materiales no antillanos y muestra representaciones de aves posiblemente inspiradas en especies suramericanas o andinas.

En Puerto Rico la presencia saladoide se caracteriza por el predominio de estructuras comunales igualitarias con viviendas multifamiliares y asentamientos autónomos (Curet, Torres y Rodríguez 2004: 63). Según la propuesta de Rouse (1992) hacia el 600 d. C. este panorama comienza a transformarse para dar lugar, en el mismo Puerto Rico, a esquemas jerarquizados vinculados con la emergencia de la llamada serie ostionoid (Rouse 1992: 92) —en lo adelante usaremos el término ostionoid—, caracterizada en términos cerámicos por el abandono de la calidad tecnológica y decorativa saladoide, por la simplificación de las formas de vasijas y por el predominio de la pintura roja. Para Rouse es una evolución desde los patrones saladoides; para otros investigadores (Chanlatte y Narganes 1990; Rodríguez Ramos 2001) se trata de un complejo proceso de interacción que incorpora rasgos de La Hueca y de los grupos arcaicos. Rodríguez Ramos y asociados (2008: 60) consideran un origen influido de manera importante por comunidades arcaicas con cerámica.

El ostionoid es una expresión local, propia de las Antillas. Impone un nivel de expansión demográfica hasta ese momento inédito, así como el desarrollo del ceremonialismo y de la producción de objetos religiosos, y el fomento de prácticas agrícolas intensivas y de mayor productividad como la monticulación y el uso de terrazas (Curet, Torres y Rodríguez 2004: 64). Su emergencia guarda claves de los procesos de desarrollo futuro en el área: interacción de variados componentes culturales, alta velocidad de expansión territorial y diversidad en el grado de complejidad social. La aparición de las subseries meillacan ostionoid y chican ostionoid (en lo adelante meillacoides y chicooides) en La Española, sobre bases ostionoides según Rouse (1992: 98), y su casi inmediata dispersión al resto de las Antillas Mayores y Las Bahamas —no se ha reportado presencia meillacoides en Puerto Rico—, ejemplifica estos elementos.

La relación ostionoides-chicooides así como el componente de la serie barrancoid en el chicoide es bastante aceptada; el origen de los meillacoides está en completa discusión. Se discute el nivel de influencia en estos de los grupos arcaicos con cerámica

(Keegan 2000: 150; Rodríguez *et al.*, 2008) o sin ella (Wilson 2001), así como la influencia de grupos de base no saladoide (Veloz *et al.*, 1981:217-392; Veloz y Ortega 1996:8).

Rodríguez Ramos y asociados (2008: 60) proponen la posibilidad de un origen para ostionoides y meillacoides, influido por elementos arcaicos con cerámica. Keegan (2006) atribuye similar origen a las cerámicas chicooides. Esto cambia completamente la visión del asunto al eliminar a ostiones como único grupo matriz de las cerámicas meillacoides y chicooides apostando por una diversidad originada desde el Arcaico.

La idea de una génesis desde el Arcaico precisa de una contrapartida clara a nivel de otros componentes del registro arqueológico, en tanto estas cerámicas se asocian a individuos que los estudios de genética dental (Coppa *et al.*, 2008) relacionan con gentes portadoras de alfarería saladoide, diferenciándose ambos de los arcaicos. De cualquier forma, el reconocimiento creciente de la contribución arcaica aporta nuevas perspectivas y supone una ruptura firme con las tesis unilineales de base suramericana sostenidas por Rouse. En este sentido, una contribución importante se deriva de los análisis de Reniel Rodríguez (2007: 230) quien insiste en considerar la influencia de la interacción antillana con la zona istmo colombiana en los momentos iniciales de la implantación saladoide y de la emergencia de La Hueca. En esta interacción podría estar el origen de muchos aspectos de los posteriores desarrollos antillanos, lo que junto a la influencia arcaica supondría un proceso de génesis desde bases múltiples.

Veloz y asociados (Veloz *et al.*, 1981:217 y 392) fijan la aparición de la cerámica meillacoides entre el 770 y 825 d. C. Consideran una emergencia casi paralela para los elementos chicooides (Veloz 1991: 181) aunque Rouse (1992: 111) propone un inicio más tardío (1200 d. C.) para los últimos. Estas cerámicas se distinguen notablemente entre sí; mientras las vasijas meillacoides son más o menos simples y poco variadas, con decoraciones incisas o aplicadas desarrolladas a partir de elementos lineales o entrecruzados y asas poco notables, el chicoide ofrece vasijas de múltiples cuerpos, botellas o potizas de gran tamaño, e incluso recipientes con formas escultóricas, recurriendo a decoraciones mediante elementos incisos curvos y rectos que llegan a establecer diseños de gran complejidad geométrica relacionados con asas de bastante tamaño y excelente modelado antropomorfo y zoomorfo. Pese a las diferencias cerámicas, estos grupos com-

parten similitudes en diversos aspectos de su cultura, especialmente a nivel de la iconografía asociada a objetos de adorno corporal y uso ceremonial.

Bernardo Vega (1990) y Marcio Veloz (1991: 180, 190) proponen un correlato étnico entre los llamados taínos y la cerámica chicoide y entre macoriges, comunidades mencionadas por los europeos en el norte de La Española, y cerámica meillacoide. Veloz (1991: 183) atribuye a los taínos el desarrollo, visto por los europeos, de estructuras cacicales altamente jerarquizadas con un gran monto demográfico, sistemas de aldeas dependientes y entrega de tributos, centros ceremoniales y plazas para juego de pelota, así como agricultura con irrigación y monticulación, entre otros esquemas agrícolas. Formas cacicales y estructuras ceremoniales también serían propias de los macoriges (Veloz 1991: 186) que en algunos casos llegarían a mezclarse con los taínos, especialmente hacia el siglo XIII d. C., aunque muchos grupos parecen haberse mantenido independientes hasta el arribo español.

Para Rouse y otros especialistas (Cassá 1992: 87), tanto los grupos con cerámica meillacoide como los portadores de cerámica chicoide, son expresión de un mismo ente etnocultural, respondiendo las diferencias cerámicas y de complejidad social a variaciones regionales. Rouse (1992: 7) denomina estas variaciones, Taínos clásicos (los asentados en La Española, Puerto Rico, y el extremo oriental de Cuba), Taínos occidentales (los que ocuparon Las Bahamas, Jamaica y la mayor parte de Cuba) y Taínos orientales (establecidos en las islas entre Vieques y Guadalupe).

Wilson (2001) rechaza la unidad del taíno y lo ve como una conjunción de diversos grupos étnicos, incluso con ancestros diferentes. Para otros autores es una categoría arqueológica muy general que refiere grupos distintos, aunque relacionados a nivel de su cultura y tradición, o también el conjunto de prácticas culturales y normas compartidas por diversas culturas del Caribe isleño (Petersen, Hofman y Curet 2004: 18). Reniel Rodríguez (2007: 313-315) descarta que sea un conjunto étnico homogéneo; lo ve como un espacio de confluencia ideológica donde distintos grupos interactúan a partir de sus elementos culturales comunes, mientras retienen aspectos de sus respectivas identidades ancestrales. No habría un pueblo taíno sino múltiples esencias taínas (un espectro de tainidades) generadas en el contexto de esta interacción y a su vez facilitadoras del vínculo y la comunicación en un ambiente multiétnico.

Más allá del término, indudablemente arbitrario, hay un panorama de elementos compartidos y de vínculos a diversos niveles que definen no solo la misma formación del universo cultural que se está intentando nombrar, sino su propia naturaleza. Variedad identitaria y étnica, multiplicidad de procesos de interrelación y manejo de elementos culturales similares marcan esta situación, y también parecen ser el contexto básico encontrado por los europeos a su arribo en 1492.

Este momento, final de la llamada Edad o Etapa cerámica tardía (Petersen, Hofman y Curet 2004: 18) y punto medio del Período IV en la tabla cronológica de Rouse (1992: 107), supone para las Antillas Mayores y Las Bahamas una situación de consolidación de procesos históricos iniciados mucho antes. Según una síntesis preparada por Curet (2003: 15-16) este panorama pudiera resumirse en los siguientes puntos:

- clima de desarrollo cultural e incremento en la sofisticación de la cultura material. Aumento del tamaño y la calidad de elaboración de los objetos asociados al mundo religioso y ceremonial, especialmente en el caso de Puerto Rico y La Española,

- continuación de la práctica de construcción de estructuras monumentales tipo plaza principalmente en Puerto Rico y La Española,

- desarrollo de estructuras cacicales confederativas altamente jerarquizadas en La Española, las cuales controlaban las distintas áreas de la Isla. Existencia de estructuras cacicales de menor complejidad en Puerto Rico y de sistemas poco jerarquizados en el resto de las Antillas Mayores y Las Bahamas. Coexistencia en las distintas islas de unidades políticas de diverso nivel e incluso desarrollo de unidades políticas que abarcaban áreas de más de una isla,

- alto monto demográfico especialmente en La Española y en menor medida en Puerto Rico, donde parece haber cierto nivel de decrecimiento poblacional para ese momento,

- coexistencia de diversos grupos étnicos dentro de las islas.

OSTIONOIDES, MEILLACOIDES Y CHICOIDES EN CUBA

Los sitios El Paraíso y Damajayabo, en el litoral suroriental de Cuba (Figura 1), con fechas de 820 y 830 d. C. respectivamente, marcan la presencia más temprana de comunidades agricultoras ceramistas con rasgos meillacoides. Las calibraciones⁷ de los fechados de estos sitios (Cooper 2007) indican que estas ocupaciones son más

antiguas, remontándose incluso al siglo VII d. C. Relativamente cerca en el tiempo aparecen al norte, en la provincia de Holguín (Figura 1), Aguas Gordas y Loma de La Forestal, habitados desde el siglo IX d. C. según calibración de sus fechas radiocarbónicas.⁸

El Paraíso y Damajayabo son sitios costeros con evidencias de agricultura y fuerte explotación marina. Todo un grupo de asentamientos posiblemente antiguos y de ocupación similar se da en la costa sur (Trincado y Ulloa 1996: 77). En la cerámica de Damajayabo y de algunos sitios cercanos, se ha señalado la presencia de elementos meillacoides y en menor medida, ostionoides (Trincado y Ulloa 1996: 75). El aspecto ostionoides, muy poco claro, se refiere básicamente a partir del hallazgo de pintura roja, detalle presente en las cerámicas meillacoides. Estos rasgos y la presencia de ciertos adornos corporales y elementos iconográficos también hallados en sitios de La Española, sirven para fundamentar un poblamiento realizado desde esa Isla.

En Aguas Gordas es mucho más claro el dominio del perfil meillacoide. Hay muy poca pintura roja y en general los posibles elementos ostionoides son escasos. En Loma de la Forestal este proceso se repite de cierta manera, aunque ya nada refiere el aspecto ostionoides. La coincidencia de elementos decorativos ostionoides y meillacoides, aparentemente, también se da en un contexto arcaico con cerámica del oriente de la Isla, Arroyo del Palo (fecha calibrada de 895-1223 d. C.). Lo significativo en este caso es que hay una base cerámica local (no saladoide) la cual incorpora algunos de los nuevos rasgos y quizás incide sobre ellos (Godo 1997: 27; Jouravleva y González 2000; Ulloa y Valcárcel 2002: 165). Rouse (1992: 95) ignora o niega este detalle y lo considera el sitio de la subserie Ostionan ostionid en Cuba, criterio que, fuera de la Isla, muchos siguen.

Cuando se comparan estas cerámicas con materiales casi contemporáneos de La Española se nota un rápido reajuste hacia lo que parecen ser formas típicamente cubanas. Según Valcárcel (2002: 48), la cerámica predominante en el montículo 1 de Aguas Gordas en su momento temprano, parece meillacoide, pero carece de la variedad de punteados comunes en los inicios de esta subserie (Veloz *et al.*, 1981), sus formas aplicadas son menos complejas y diversas y otorga, por otro lado, mayor peso a la incisión dentro de las técnicas de decoración de respaldos. El hecho de que esas cerámicas de Cuba difieran tanto de los patrones meillacoides foráneos, sugiere una modificación iniciada antes del

arribo a la Isla y su posterior continuación en el nuevo territorio, aunque puede estar expresando también la presencia de componentes distintos a los que generan al meillacoide de La Española.

Tal situación se da casi paralela a la emergencia meillacoide en la isla vecina, lo cual apunta a una gestación más temprana del meillacoide en República Dominicana, así como a un rápido desplazamiento a Cuba de una expresión modificada de este. También abre la posibilidad de que el proceso incorpore en Cuba situaciones de recepción y reformulación de aspectos cerámicos provenientes de los arcaicos establecidos en la Isla, mucho antes del arribo del componente meillacoide y del supuesto componente ostionoides, en una interacción donde ambos grupos aportan y reciben rasgos. El aspecto ostionoides no tiene una presencia clara y potencialmente pudiera ser solo el reflejo de formas insertadas en el meillacoide o del peculiar proceso de interacción con cerámicas arcaicas.

El aporte arcaico incluyó otros muchos elementos (Guarch 1990: 21). Artefactos de estos grupos, especialmente de concha, se incorporan al menaje de las comunidades agricultoras cubanas (Valcárcel 2002: 89-90) y el uso de los mismos espacios o de áreas próximas sugiere un nivel de interacción donde también se obtienen conocimientos sobre el ambiente y sus recursos. Se trata de una interacción marcada por la diversidad, implícita en ambas sociedades, que cambió el panorama demográfico y cultural de la Isla imponiendo esquemas de neolitización o consolidando los que se hallaban en curso.

Aguas Gordas y Loma de la Forestal muestran un patrón asentacional muy diferente al de los sitios sureños. Se establecen en la cima de alturas y, en el caso de La Forestal, se hallan distantes del mar. Aguas Gordas, a unos 4 km de la costa, muestra una subsistencia basada tanto en alimentos marinos como terrestres. El hecho de que estos sitios tempranos rompan con el esquema de lugares costeros altamente dependientes de la explotación marina, imperante en el litoral sur, toma mayor relevancia al convertirse esta diferencia, en los siglos siguientes, en un rasgo típico de la ocupación agricultora en la Isla. Posiblemente esas diferencias no responden solo a condicionamientos medioambientales, sino a una matriz cultural distinta relacionada con flujos migratorios diferentes aunque casi paralelos a los verificados en el sur.

En este sentido es importante notar que, pese a la similitud con indígenas de Puerto Rico y La Española, establecida a partir de análisis de genética dental (Coppa *et al.*, 2008), e indicativa de la

pertenencia a un flujo migratorio común de origen suramericano, también se valoran otras áreas de salida para las gentes llegadas a Cuba. Estudios de formas de variación facial diferencian los restos de agricultores ceramistas cubanos de individuos de las Antillas Mayores y La Florida, sugiriendo la posibilidad de un origen centroamericano para los primeros (Ross 2004: 296).

Los arribos de comunidades aruacas por el oriente de la Isla y quizás por otras zonas, continuaron produciéndose. La concentración en el extremo oriental, zonas de Maisí, Valle de Caujerí y Baracoa (Figura 1), de cerámicas en las cuales se reportan mezcla de rasgos mellacoides y chicooides con un nivel de presencia de estos últimos tan elevado, que les da un perfil diferencial respecto al resto de las cerámicas cubanas, es evidencia de tal situación.

Esta es la expresión cubana de la subserie Chican Ostionoid según Rouse (figura 14, 1992: 52); muy diferente a sus estilos de La Española o Puerto Rico. Para Guarch (1978: 128) se trata de materiales llegados a Cuba tras un proceso de mezcla. La existencia de sitios con cerámica meillacoide en Maisí (Martínez Arango 1980) sugiere la posibilidad de una continuidad en las situaciones de interacción en las mismas zonas de concentración de los portadores del componente chicoide.

Es difícil definir la entrada de estas cerámicas, pues solo se dispone de una fecha para sitios de esa área y con este componente. Fue obtenida en Laguna de Limones y se remonta al 1310 d. C., aunque pudiera ser anterior si seguimos la calibración que en su rango inferior llega al siglo XII. Esta datación y la potencia de la ocupación con elementos chicooides, en cuanto a sitios y uso de espacios, niega la posibilidad de constreñir estos contextos a la emigración tardía referida por Las Casas

El extremo oriental cubano es de especial interés porque allí se ubican los únicos sitios de la Isla con plazas limitadas por muros de tierra, detalle que, unido a los elementos chicooides y a aspectos iconográficos, ha servido para relacionarlos con los desarrollos de alto nivel de complejidad social reportados para Puerto Rico y La Española e integrarlos al taino clásico de Rouse (1992).

Elementos cerámicos chicooides —siempre escasos—, aparecen en otras partes de Cuba (Valcárcel 2002: 65-66), incluso en puntos del centro de la Isla como Los Buchillones. Hasta ahora solo se dan en momentos tardíos y bajo el carácter de rasgos mezclados o de posibles materiales de intercambio, sugiriendo movilidad e interacción intra y quizás interisla entre distintos territorios cubanos y la parte oriental, y tal vez con La Española.

LA OCUPACIÓN DEL TERRITORIO

La cronología disponible indica que entre el siglo XI y XII d. C. se produce la ocupación de nuevos espacios del nororiente de la Isla, en áreas próximas a Aguas Gordas y Loma de la Forestal. El gran salto de ocupación se dará hacia el siglo XIII d. C. al producirse la aparición de asentamientos en el norte y sur de Oriente, así como en el centro y occidente de la Isla.

Esta expansión parece haber estado influida por situaciones de crecimiento demográfico y también por factores de tipo ambiental, creando las bases del panorama poblacional encontrado por los españoles entre los siglos XV y XVI. Refiere además el inicio y progreso de desarrollos locales registrados en diversas partes de la Isla (zonas de Niquero y Guacanayabo, norte de Las Tunas, Sierra de Cubitas y Cunagua, sur de Sancti Spíritus y Bahía de Jagua, área Matanzas-La Habana), evidenciados en la diversidad de rasgos cerámicos y de peculiaridades asentacionales. Tales desarrollos debieron estar influidos por los ambientes regionales y quizás por interacciones específicas con los grupos arcaicos asentados en esas áreas. El desarrollo local observable en Banés (Figura 1), signado por la unidad cultural de los asentamientos y por una evolución de detalles cerámicos restringidos básicamente a ese espacio (Valcárcel 2002), ejemplifica estas situaciones, también notables en el suroriente y en el centrosur (Domínguez 1991) de la Isla. Desde estos desarrollos locales se proyectaron caracteres culturales muy particulares que tal vez expresan, como han sugerido algunos investigadores (Domínguez, Febles y Rives 1994: 7), formulaciones étnicas diferenciadas.

Sitios como Aguas Gordas y Potrero de El Mango muestran un fuerte crecimiento espacial hacia el siglo XIII d. C., posiblemente relacionado con un aumento de su población. Ambos establecimientos se ubican dentro de grandes agrupaciones de sitios (generalmente algo más pequeños), con similitudes cerámicas y de reporte de ciertos tipos de artefactos, las cuales les aportan cierta unidad cultural. Considerando este esquema es posible estimar que en el marco del crecimiento poblacional de los sitios principales y más antiguos, se hayan producido salidas de grupos capaces de fomentar nuevas aldeas en lugares próximos. Estos establecimientos daban el control de otras áreas y recursos, y permitían establecer estrategias de uso de los espacios de mayor flexibilidad y eficiencia.

El poblamiento no se produjo solo a través de la expansión hacia zonas cercanas; también implicó salidas hacia puntos alejados donde en algunos casos se replicó el sistema de segmentación una vez consolidada la ocupación inicial. El carácter costero o próximo a costa de los sitios reportados para el siglo XIII d. C. en el centro y occidente de Cuba, indica que quizás se dio un avance esencialmente marítimo, organizándose desde los litorales la entrada y ocupación de las zonas interiores.

Para Tabío (1989: 91) las posibles restricciones impuestas por el clima de occidente al fomento de la agricultura de la yuca (*Manihot sculenta* Crantz), bajas temperaturas que afectarían la productividad del cultivo, debieron incidir en una limitada ocupación de esos territorios. Determinaciones climáticas pueden haber influido mucho, no obstante, en el gran avance observado para el siglo XIII d. C. Según Rives, García e Izquierdo (1996) hacia esa época se produjo un evento ENOS (evento climático El Niño) que generó intensas sequías en el oriente de Cuba, influyendo en la salida de grupos hacia zonas con mejores condiciones situadas al occidente. Considerando los datos sobre crecimiento de población aportados por los sitios del nororiente de la Isla, el factor climático parece resultar un catalizador de reajustes y movimientos de poblaciones en gestación desde algo antes.

De cualquier manera no debemos ver la ocupación del territorio cubano como un proceso cerrado, limitado a flujos de este a oeste, teniendo como único centro emisor La Española. Esta parece ser la tendencia básica, pero el proceso, atendiendo a lo que sabemos de otras islas antillanas, debió ser más complejo. No podemos excluir entradas generadoras de poblamiento por puntos de la costa central u occidental. En este sentido el caso más interesante es la posibilidad de establecimiento de grupos venidos de La Florida, fundamentado en las significativas similitudes de la cerámica y la piedra tallada de sitios del occidente cubano y establecimientos tempranos del Periodo Weeden Island de La Florida (Rives, García e Izquierdo 1996).

La amplitud de la Isla debió atenuar la competencia por los espacios y recursos sin embargo, el predominio de sitios en terrenos de alta fertilidad y el alejamiento de los sistemas montañosos de topografía más complicada, indica intereses ambientales específicos que, en las zonas de mayor demografía, estimularían estrategias de control sobre los territorios.

Algunos sitios antiguos del área de Banes reportan presencia aborigen aun en el siglo XV o XVI d. C. Esta estabilidad en el uso de los espacios puede estar relacionada con la calidad ambiental de tales áreas y la fertilidad de sus suelos (Guarch 1989), aunque también parece expresar determinaciones culturales signadas por el simbolismo de tales lugares y por su función y significado dentro de ciertos esquemas de ordenamiento territorial. El importante reporte de material suntuario y ceremonial en estos asentamientos y el hallazgo de enterramientos portando objetos de gran valor, sugiere su posible carácter de centros de poder ideológico y quizás político (Valcárcel 1999). También refiere situaciones de creciente complejización social que se hacen muy evidentes hacia el siglo XV, al menos en esta área.

LA SOCIEDAD ABORIGEN AL MOMENTO DEL ARRIBO EUROPEO⁹

A la llegada de los europeos según las referencias de Las Casas, (1972: 74), parecía mantenerse la coexistencia de sociedades aruacas con remanentes de grupos arcaicos, los guanahatabeyes, concentrados en el extremo occidental de la Isla. Esta opinión es cuestionada por algunos investigadores (Keegan 1992; González 2007: 8), en tanto no hay datos cronológicos confiables sobre presencia arcaica en esa época, estimándose que la visión de grupos atrasados aportada por la etnohistoria pudiera ser solo una imagen confusa y quizás indirecta, de comunidades agroceramistas desplazadas por el impacto de la conquista, las cuales se refugian en esa zona y desarrollan estrategias de supervivencia donde no se consideran asentamientos permanentes ni agricultura (González 2007).

Tampoco la evidencia arqueológica aclara el tema de la existencia y naturaleza de los llamados indios de los jardines. Su descripción remite, tanto a un perfil arcaico (no tenían labranzas) como agricultor ceramistas (eran muy similares a los lucayos). Estas cayerías albergan campamentos de agricultores ceramistas (Cooper *et al.*, 2006), aunque también espacios aparentemente usados por arcaicos de antigüedad no precisada.

La cronología disponible, según fechados (Pino 1995; Cooper 2007) o presencia de material europeo temprano (Rouse 1942; Romero 1995; Valcárcel 1997), identifica asentamientos agroceramistas vigentes a fines del siglo XV y principios del XVI d. C. en el oriente de Cuba y, en menor medida, en zonas del centro de la Isla

(Figura 1). Las menciones de los europeos (Las Casas 1994; Velázquez 1971) sobre comunidades asociables a estos grupos definen un panorama de distribución relativamente similar con indicios de mayor densidad de población hacia el oriente y el centro, y también presencia en la parte inicial de occidente. Su monto demográfico al momento del arribo español es estimado por Pérez de la Riva (2004: 30) en alrededor de 100 000 individuos, aunque los arqueólogos se inclinan por cifras más altas, cercanas a los 200 000 (Domínguez, Febles y Rives 1994: 7; Pichardo citado por Marrero 1993: 56) que este demógrafo considera factibles (Pérez de la Riva 2004: 36).

Se trata de individuos con rasgos físicos similares a los de gentes vistas por los europeos en La Española, estatura pequeña, piel cobriza (Fernández de Oviedo 1992: 115) clasificados desde la antropología como pertenecientes al grupo racial mongoloide. El dominante reporte de cráneos deformados en contextos asociables a estas comunidades en Cuba, confirma el uso de esta práctica vista y descrita por los europeos para La Española (Crespo 2005: 57).

Hablaban un lengua de base aruaca y vivían en aldeas de distintas dimensiones; se mencionan establecimientos de una o dos casas, de cinco e incluso pueblos grandes de 50 casas (Colón 1961: 84) o, en lo que parece ser una opinión exagerada, con 200 o 300 viviendas (Las Casas 1994: 1852). El tamaño y capacidad de las estructuras también resultaba diverso, pues Colón habla de unas 1 000 personas en una aldea de 50 casas, lo que apunta hacia una media de 20 o menos individuos por vivienda; Las Casas (1876: 22) por su parte menciona en el pueblo de Caonao casas de distinto tamaño, incluyendo algunas grandes donde se refugiaron 40 personas, en un caso, y 500 personas en el otro. Por Colón (1961: 84) sabemos de casas principales, quizás destinadas a los jefes o a ciertas actividades especiales.

La Arqueología sostiene el dato sobre la diversidad de dimensiones a partir de los trabajos en el sitio Los Buchillones, Ciego de Ávila, donde se han localizado estructuras de 8, 10 y 12 m de planta, tanto oval como rectangular y circular fabricadas en madera (Valcárcel *et al.*, 2006). El registro de sitios arqueológicos vigentes en este periodo, apunta a asentamientos con tamaños y funciones variadas localizados tanto en la costa como en zonas interiores, con cierta preeminencia de locaciones en áreas altas cercanas a ríos. Posiblemente algunas de las estructuras de Los Buchillones eran palafitos, tipo de construcción vista por Las Casas en el noroeste de la Isla (Las Casas 1876: 30).

En Caonao, una aldea considerada grande por Las Casas, este observa la presencia de dos plazuelas donde se concentraba parte de la población (Las Casas 1876: 22). Espacios libres a manera de plazas se reportan en distintos sitios, pero solo se hallan plazas formalizadas en el extremo este (Torres 2006: 40), aunque no puede asegurarse su vigencia para este momento.

Algunas de las ceremonias referidas para La Española parecen haber sido usadas también en Cuba. Fernández de Oviedo (1992: 116) menciona areitos y Las Casas (1994: 1852) extensos ayunos rituales efectuados por los behiques (chamanes y curanderos) como preparación para trances de comunicación espiritual. El culto a los antepasados y la tradición cemiista, tan importante en las islas cercanas (Oliver 1997, 1998), se infiere por menciones de los europeos sobre la conservación de cráneos humanos e ídolos dentro de las viviendas (Colón 1961: 75, 110).

Para enterramientos humanos, ocasionalmente se usaron espacios dentro de las aldeas. En estos casos siempre aparecen pocos individuos, resultando las cuevas los contextos funerarios más importantes. Por la escasa cantidad de restos hallados debieron existir manejos, como el abandono de cuerpos en áreas abiertas, que limitaban su conservación. Hasta el momento solo se ha localizado un cementerio, en El Chorro de Maíta, actual municipio de Banes. Muestra numerosos entierros poscolombinos, por lo cual no podemos descartar la posibilidad de que su carácter de cementerio sea determinado por influencias hispanas.

Los estudios arqueológicos revelan una intensa elaboración de parafernalia asociada a actividades ceremoniales y al adorno corporal, destacándose últimamente la riqueza del empleo de la madera (Calvera, Valcárcel y Orduñez 2006). Los hallazgos realizados en Los Buchillones muestran la complejidad de la labor artística en este material, e indican la existencia de zonas de alto desarrollo de elementos ceremoniales y suntuarios fuera del oriente de la isla, área a la que tradicionalmente se asocian las expresiones más importantes de ese tipo. Desde esta perspectiva se abre una visión de potencia cultural para zonas del centro del país, coincidente con las menciones sobre alta demografía referida por la crónica para tales espacios (Las Casas 1876: 20, 22, 30), que ayuda a estructurar un panorama nacional de mayor complejidad en este aspecto.

Se infieren trabajos de cestería en fibras vegetales y cierta producción textil a partir de algodón; los españoles mencionan su almacenaje en poblados de la parte oriental (Colón 1961: 85), así como el manejo de oro aluvial para la fabricación, a partir del martillado, de láminas de uso ornamental.

Ya en su primer viaje, Colón comenta la existencia de grandes campos de cultivo; menciona la siembra de yuca, frijoles y maíz (Las Casas 1875: 333). La Arqueología refiere el uso (Rodríguez y Pagan 2008: 162) de especies como el maíz (*Zea mays*), frijol (Fabaceae, *Phaseolus vulgaris*), batata o boniato (*Ipomoea batatas*), maranta (*Maranta arundinacea*), yautía o malanga (*Xanthosoma sp.*) y de plantas silvestres como la zamia (*Zamia pumila*) (Rodríguez y Pagán 2008: 162). Emplearon también, según la crónica europea, aunque con objetivos artesanales y medicinales o de placer, el algodón (*Gosypium barbadense*, Lin.) y el tabaco (*Nicotina tabacum*, Lin.).

A nivel etnohistórico no hay gran precisión sobre las técnicas agrícolas usadas, aunque por los tipos de suelos donde se ubican los sitios, la diversidad topográfica de estas áreas y la proximidad a los ríos, podrían haberse empleado sistemas de cultivo como el de roza y roza atenuada, y la monticulación. La rapidez de la implementación de este último sistema por los españoles sugiere la existencia de conocimientos previos.

Aunque la agricultura parece haber desempeñado un papel clave en el sostenimiento económico de estas sociedades, especialmente a partir de la producción de yuca para la elaboración del pan de casabe, hay abundantes referencias etnohistóricas y arqueológicas sobre actividades de pesca y recolección tanto marítima como fluvial, o la caza en zonas interiores de sabana o bosque, así como de actividades de domesticación de aves y perros,¹⁰ y manejo de corrales para peces (Las Casas 1994: 1848-1851; Fernández de Oviedo 1992: 116). Estas tareas apropiadoras, en ocasiones, suponían la articulación de campamentos en zonas de las cayerías próximas (Cooper *et al.*, 2006) y el establecimiento de áreas de interacción donde se integraban aldeas situadas en diferentes zonas ecológicas como creyó observar Colón (1961: 75). Se basaban en un amplio dominio de las técnicas de navegación marítima y fluvial y en un conocimiento detallado de las costas y los sistemas hidrográficos, los cuales funcionaban como vías de conexión con el litoral y de acceso a los espacios interiores.

Aun contando con estas posibilidades de generación de alimentos, los esquemas de producción parecen haber estado dirigidos a satisfacer las necesidades inmediatas de las comunidades con limitados niveles de acumulación según sugiere la crónica (Las Casas 1876: 18).

Las aldeas eran gobernadas por jefes llamados caciques (Fernández de Oviedo 1992: 115) generalmente de sexo masculino, existiendo además otros individuos considerados principales o importantes, aunque la imagen que trasciende del comentario hispano apunta a una sociedad con diferencias no muy acentuadas. Se carece de información específica para Cuba en lo referido a las normas de acceso a la jefatura y a los sistemas de descendencia; también es notablemente escasa la información sobre las prerrogativas de estos caciques. A diferencia de otras islas, especialmente La Española, no hay menciones a un ajuar suntuoso,¹¹ liderazgo sobre grandes espacios y poblaciones, manejo de amplios recursos y derechos a un tratamiento especial. En algunos casos la crónica indica que son ancianos y se sugiere el reconocimiento de su sabiduría y experiencia (Las Casas 1875a: 61; 1876: 33); esto apunta a un mandato, y posiblemente a mecanismos de acceso al poder, en el cual resultan claves las cualidades personales y el prestigio.

Al parecer había distintos niveles de jefatura, pues dentro de un grupo de caciques de lo que Las Casas llama provincia de La Habana, había uno "que era el mayor señor según se decía" (Las Casas 1876: 33). En Camagüey también habla de un "señor de la provincia" (Las Casas 1876: 25). Desde este dato puede asumirse cierto nivel de centralización de poderes dentro de determinado espacio y de subordinación entre jefes.

El concepto de provincia es importante para precisar esto. Se mencionan varias, refiriendo en el caso de Camagüey y de La Habana¹² un espacio geográfico donde se ubican cierta cantidad de aldeas o pueblos (Las Casas 1876: 21, 32) y donde parece existir un cacique principal y caciques de pueblos, así como un nivel de vínculo entre los pueblos a la hora de desarrollar acciones conjuntas; un ejemplo sería el ataque de los indígenas de la provincia de Bayamo a Narváez y sus hombres (Las Casas 1876: 7). Aun cuando la cifra de 7 000 guerreros participantes en el suceso (Las Casas 1876: 7) parece exagerada, es un indicio de la potencia demográfica que podían tener estos territorios.

Indudablemente hay contactos entre las provincias, y la información sobre el avance español y sus acciones se mueve rápidamente de una a otra, existiendo tal vez nexos de alianza entre provincias que justifiquen el intento de la gente de Bayamo de refugiarse en Camagüey tras el fracaso de la acción contra Narváez. Velázquez (1971: 67, 68) cuenta de provincias "sujetas" a la de Camagüey, distinguiendo entre ellas la de Zabaneque. Al hablar de la subordinación de esta última indica que Camagüey, es la provincia "principal". Mira Caballos (2000:198-200) cree hallar evidencia, en documentos sobre población encomendada, a favor del dato de Velázquez sobre Zabaneque, así como otro ejemplo de dependencia: de la provincia de Baní a la de Guantanabo, ambas en el este de la Isla.

En los casos referidos, la provincia parece ser un tipo de unidad sociopolítica donde grupos menores aceptan cierto liderazgo regional. No sabemos si las otras provincias funcionaban de manera diferente, tampoco debemos excluir que, en las antes mencionadas, los europeos pudieran estar de alguna manera ajustando el panorama cubano a los esquemas altamente jerarquizados y confederativos vistos en La Española. Por otro lado, el impacto de la conquista pudo generar tanto la articulación de integraciones coyunturales como situaciones de éxodo y desmembración de unidades preexistentes, dificultando la objetividad de la observación hispana. Al desconocerse las atribuciones de los jefes y el funcionamiento de los vínculos entre los pueblos de una provincia, es difícil definir si estamos realmente ante un sistema integrado o ante alianzas momentáneas. Lo pobre de los datos también dificulta evaluar el carácter de la subordinación entre provincias que tal vez no tenía un sentido definitivamente político y solo expresaba esquemas particulares de interacción.

La visión tradicional de la arqueología cubana sostiene la ausencia de sistemas cacicales como los de La Española. Se estima que

El desarrollo socioeconómico, político y cultural de las comunidades aborígenes de Cuba, aún no había alcanzado ese grado en el tránsito de la comunidad preclásica a la sociedad de clases. Consideramos admisible la endoexplotación de la tribu por el cacique, el behique y algunos otros "funcionarios" y probable, una cierta dependencia —con el mismo grado de explotación— de algunos poblados (que podríamos

denominar dependientes) de otros (nucleares), en áreas donde encontramos una gran concentración de sitios arqueológicos a poca distancia unos de otros. Esta dependencia no debió ser de otro tipo que tribal o gentilicia, como producto de desprendimientos a partir del grupo matriz por razones demográficas u otras causas (Guarch *et al.*, 1995).

De cualquier manera, la subordinación y las formas de jerarquización dentro de estos espacios y entre ellos, no debe ignorarse. Como antes se comentó, hay áreas especialmente en el nororiente y en el extremo este de la isla, con un significativo reporte de elementos y espacios ceremoniales (cuevas con ídolos, posibles plazas) y también de objetos de adorno corporal, que sugieren centros religiosos y quizás políticos. En Banes son notorios sitios de tamaño superior a la media local, donde se concentran materiales suntuarios y ceremoniales, y donde aparecen restos de individuos cuyos ornamentos sugieren un estatus elevado (Valcárcel 1999; Valcárcel y Rodríguez 2005). Desde estos pueblos pudieron fomentarse esquemas de centralización. En el caso de El Chorro de Maíta, se valora incluso una clara diferenciación social vigente al momento del contacto con los europeos y la presencia de grupos de alto estatus y, posiblemente, de transmisión hereditaria del rango (Valcárcel y Rodríguez 2005; Valcárcel *et al.*, 2007).

Por otro lado, la proximidad a La Española, con la cual se mantenían contactos diarios según Las Casas (1875: 104), suponía vínculos con áreas donde el sistema cacical estaba bien establecido. Esto favorecería el conocimiento de tales estructuras y tal vez formas de desarrollo de entidades en alguna medida parecidas, al menos en los espacios cubanos próximos y en el contexto de los arribos previos a la entrada hispana. No excluimos, incluso, la posibilidad de inserción de ciertas zonas del este de Cuba en redes interisleñas que incluirían áreas de La Española y el desarrollo de fuertes vínculos de alianza, elementos que ayudarían a explicar la aceptación de un cacique extranjero (Hatuey) como líder de la resistencia antiespañola.

Tras los comentarios europeos pudiera esconderse una realidad diversa en la cual predominaban sociedades de rango en los términos definidos por Fried (1967: 109), aunque con diversos niveles de estratificación. En algunos casos la estratificación era mínima, pero en otros parece haber sido muy acentuada asociándose a esquemas de institucionalización de la desigualdad social.

Las provincias posiblemente representaban formas de integración que iban desde vínculos familiares y de cooperación entre grupos autónomos, hasta ordenamientos regionales con algún nivel de dependencia. En el extremo oriental las probabilidades de existencia de formas cacicales son mayores, aunque pudiera tratarse de estructuras incipientes, rápidamente desarticuladas al darse en esta área el impacto inicial de la conquista y centrarse allí gran parte de la resistencia indígena y una fuerte represión hispana.

CONSIDERACIONES FINALES

En Cuba el ambiente de los agricultores ceramistas al momento del arribo europeo resume distintas variables sociopolíticas, culturales y demográficas dentro de un incompleto proceso de colonización territorial. La diversidad, más allá de las referencias estilísticas cerámicas y de sus implicaciones respecto a los esquemas de Rouse, resulta un rasgo importante de estas comunidades. El desarrollo de espacios de alta concentración de asentamientos o la existencia de focos aislados, la emergencia de esquemas de complejización social y el contacto estable con las islas cercanas, especialmente con La Española y Las Bahamas, son elementos distintivos de un universo transformado de manera radical por los europeos al iniciar en 1510 la conquista de la Isla.

Se trata de un panorama marcado por sociedades que fueron conformándose durante siete siglos, a partir de situaciones de desarrollo local y con un fuerte componente de influencias arcaicas, aunque interactuando entre sí y con los habitantes de las islas cercanas. Este proceso se dio en un ambiente en alguna medida diferente al de las otras antillas al disponerse de mayor espacio territorial y, potencialmente, en circunstancias de menor competencia por los recursos naturales.

La comprensión de este panorama no puede lograrse si el análisis, como ha ocurrido durante mucho tiempo, se desliga del contexto antillano e ignora los datos de los otros espacios y los sucesos y mecanismos de interacción establecidos entre las islas, o asume estos —especialmente en lo que al aspecto etnohistórico se refiere—, extrapolarlo acríticamente información de otras áreas. Tampoco, si se persiste en visiones particularistas, aun cuando se enfoquen desde el materialismo histórico, que privilegian la percepción de los rasgos culturales y convierten la comprensión de la sociedad y sus individuos en un acápite predefinido.

AGRADECIMIENTOS

Una versión inicial de este texto se preparó a solicitud de Gerardo Izquierdo y Ulises González quienes aportaron criterios de mucha utilidad. Consideraciones generadas por el intercambio académico con Jorge Ulloa, Daniel Torres, Reniel Rodríguez, José Oliver y los miembros del Grupo de Estudios del Caribe de la Universidad de Leiden también han sido importantes para la preparación de este artículo.

NOTAS

¹ Ciboney con C es otra forma en la que Las Casas (1994: 1843) escribe el término, aunque en algunas obras aparece también con S. Para mayor información sobre las diferentes maneras de escribir esta denominación y el significado de algunas variantes empleadas por historiadores y arqueólogos consúltase a Dacal (1980) y Pichardo (1990).

² Consultar a Valdés Bernal (1994: 25) sobre la traducción del término y su manejo.

³ Hulme (1993) menciona el criterio de Sauer sobre la posibilidad de que el término taíno se derive de la palabra nitayno, por lo que realmente solo estaría conectado con la designación de un estamento social.

⁴ Un análisis muy completo del término en el caso cubano se puede encontrar en el texto de Daniel Torres Etayo (2006) "Taínos: Mitos y realidades de un pueblo sin rostro".

⁵ Información sobre el sentido de la clasificación de Rouse y sus términos, Serie, Subserie, Estilo, pueden consultarse en Rouse (1992) y en Curet (2005: 11-14).

⁶ En el sitio El Barrio, Punta Cana, República Dominicana, en contextos datados para el siglo IV a. C., se han localizado cerámicas que Veloz y Ortega (1996:8) consideran no saladoideas, estimando que pudiera ser indicio de otra migración.

⁷ Las calibraciones mencionadas en lo adelante son tomadas del texto de Cooper (2007).

⁸ Tabío y Rey (1966), tras considerar la existencia de más de 1 m de estratos fértiles bajo los niveles fechados para el 950 d. n. e. en Aguas Gordas, y atendiendo los criterios cronológicos de Rouse (1942) para Banes, a partir de la acumulación de basura aborigen, proponen una fecha inicial para el montículo que oscila entre el año 800 y el 850 d. n. e.; casi contemporáneo a Damajayabo y El Paraíso.

⁹ Para este acápite, en lo que a datos etnohistóricos se refiere, solo se han usado los que tratan sobre Cuba a fin de evitar las tradicionales extrapolaciones de información sobre otras islas.

¹⁰ Arqueológicamente se considera también la domesticación de jufías (Pose, Sampedro y Celaya 1990).

¹¹ Ricardo Alegría (1995) comenta las informaciones sobre el uso de vestidos especiales entre los caciques de Cuba, sin embargo estas noticias son poco precisas y no sugieren una situación generalizada.

¹² En el mapa de Cuba recogido en la Figura 1 se muestra la ubicación de varias villas hispanas que toman su nombre de las provincias indias donde se sitúan, lo que da una referencia general de la ubicación de estas. La villa de Puerto Príncipe años más tarde ajustará su nombre al de Camagüey. Se muestra la posible ubicación inicial de la villa de La Habana que en el 1519 se traslada al litoral norte.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, R. (1995): "Apuntes sobre la vestimenta y los adornos de los caciques taínos de las Antillas y la parafernalia asociada a sus funciones mágico-religiosas" en *Proceedings of the XV International Congress for Caribbean Archaeology*, edited by R. Alegría and M. Rodríguez, p. 295-309. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan
- Calvera, J.; Valcárcel, R. y R. Orduñez (2006): "La madera en el mundo arqueológico de Los Buchillones" en *Revista del Gabinete de Arqueología*. No. 6, p. 82-87.
- Cassá, R. (1992): *Los Indios de las Antillas*. Editorial MAPFRE, Madrid.
- Colón, C. (1961): *Diario de navegación*. Publicación de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana.
- Cooper, J.; Valcárcel, R.; Calvera, J.; Brito, O. y P. Cruz. (2006): "Gente en los cayos. Los Buchillones y sus vínculos marítimos" en *El Caribe arqueológico*. No. 9, p. 66-77.
- Cooper, J. (2007): "Registro Nacional de Arqueología aborígen de Cuba. Una discusión de métodos y prácticas" en *El Caribe arqueológico*. No. 10, p. 132-141.
- Coppa, A.; Cucina, A.; Hoogland, M.; Lucci, M.; Luna Calderon, F.; Panhuysen, R.; Tavares, G.; Valcárcel, R. y R. Vargiu (2008): "Evidence of two Different Migratory Waves in the Circum-Caribbean Area during the Pre-Columbian Period from the Analysis of Dental Morphological Traits" en *Crossing the Borders. New Methods and Techniques in the Study of Archaeological Materials from the Caribbean*. Editado por C. Hofman, M. Hoogland y A. van Gijn. The University of Alabama Press. Tuscaloosa. p. 195-213.
- Crespo, E. (2005): "La Cultura Huecoide y su Conexión con la Introducción de la Práctica de la Deformación Cefálica Intencional en Las Antillas", en *Cultura La Huéca*, p. 57-65. Museo de Historia, Antropología y Arte. Universidad de Puerto Rico, San Juan.
- Curet, L. A. (2005): *Caribbean Paleodemography. Population, culture history, and sociopolitical processes in Ancient Puerto Rico*. The University of Alabama Press. Tuscaloosa, Alabama.
- _____ (2003): "Issues on the Diversity and Emergence of Middle-Range Societies of the Ancient Caribbean: a Critique" en *Journal of Archaeological Research*. Volumen 11, No. 1, p. 1-42.
- Curet, A.; Torres, J. Y M. Rodríguez (2004): "Time and culture: chronology and taxonomy in the eastern Caribbean and the Guianas" en *Late Ceramic Age Societies in the eastern Caribbean*. Editado por A. Delpuech y C. L. Hofman. p. 59-86. BAR International Series 1273. Archaeopress, Oxford.
- Chanlatte, L. e Y. Narganes (1990): *La nueva arqueología de Puerto Rico. Su proyección en Las Antillas*. Editora Taller, Santo Domingo.
- Dacal, R. (1980): "De los ciboneyes del Padre Las Casas a los ciboneyes de 1966" en *Universidad de La Habana*. No. 211, p. 6-42.
- Domínguez, L. S. (1991): *Arqueología del Centro Sur de Cuba*. Editorial Academia, La Habana.
- Domínguez, L., Febles, J. y A. Rives (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba" en *Historia de Cuba. La Colonia; evolución socioeconómica y formación nacional de los orígenes hasta 1867*. Instituto de Historia de Cuba. Editora Política, La Habana, p. 5-57.
- Fernández de Oviedo, G. (1992): *Historia General y Natural de Las Indias*. Tomo 2. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.
- Fewkes, J.W. (1904): *Prehistoric Culture of Cuba. American Anthropologist*. Volumen 6, No. 5.
- Fried, M. H. (1967): *The Evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology*. Random House, New York.
- Godo, P. P. (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba. Discusión y perspectiva" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2, p. 19-30.
- González Herrera, U. (2007): *Guanahatabeyes, Ciboneyes y Cronistas. Apuntes en torno a una definición desde las crónicas del siglo xv*. (inédito). Instituto Cubano de Antropología, La Habana.
- González Herrera, U.; Milton, P.; Izquierdo, G. y E. Alonso (2006): "Nueva propuesta de periodización y nomenclatura para las formaciones sociales aborígenes de Cuba" en CD Rom *Memorias de la VII y VIII Conferencia Internacional Antropología*. Génesis Multimedia, La Habana.
- Guarch Delmonte, J. M. (1978): *El Taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- _____ (1989): "Los suelos, el bosque y la agricultura de los aborígenes cubanos" *Homenaje a José L. Lorenzo*. Serie Prehistoria, INAH, México, p. 277-295.
- _____ 1990): *Estructura de las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- Guarch Delmonte, J. M.; Domínguez, L.; Rives, A.; Calvera, J.; Pino, M.; Castellanos, N.; Rodríguez Arce, C.; Jardines, J.; Pedroso, R.; Sampedro, R. y G. Izquierdo (1995): "Historia Aborígen de Cuba. Según datos arqueológicos (etapa de encomia productora)" en CD ROM. *Taíno: Arqueología de Cuba*. Centro de Antropología y CEDISAC, Colima.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. T. 1 y 2. Colección de Libros Cubanos, Volumen XXXII, Cultural S.A., La Habana.

- Hulme, P. (1993): "Making sense of the native Caribbean" en *New West Indian Guide*. Volumen 67, No. 3-4, p. 189-220.
- Jouravleva, I. y N. González (2000): *Nuevos resultados acerca de la cerámica de Arroyo del Palo*. Centro de Antropología, La Habana (inédito).
- Keegan, W. F. (1992): *The people who discovered Columbus. The prehistory of the Bahamas*. University Press of Florida, Gainesville.
- _____ (2000): "West Indian Archaeology 3. Ceramic Age" en *Journal of Archaeological Research*. Volumen 8, No. 2, p. 135-167.
- _____ (2006): "Archaic Influences in the Origins and Development of Taino Societies" en *Caribbean Journal of Science*. Volumen 42, No. 1, p. 1-10.
- Keegan, W. F. y R. Rodríguez Ramos (2004): "Sin rodeos" en *El Caribe Arqueológico*. No. 8, p. 8-13.
- Las Casas, B. de (1875): *Historia de Las Indias*. Tomo 1. Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid.
- _____ (1875a): *Historia de Las Indias*. Tomo 2. Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid.
- _____ (1876): *Historia de Las Indias*. Tomo 4. Imprenta de Miguel Ginesta, Madrid.
- _____ (1994): *Historia de las Indias*. Tomo 3. Alianza Editorial, S.A., Madrid.
- _____ (1972): "Memorial de los remedios" en *Los Primeros Memoriales de Fray Bartolomé de Las Casas*. Cuadernos H. Serie documentos I. Universidad de La Habana, La Habana.
- Marrero, L. (1993): *Cuba: Economía y Sociedad. Antecedentes. Siglo XVI (la presencia europea)*. Tomo 1. Editorial Playor, S.A., Santo Domingo.
- Martínez Arango, F. (1980): *Arqueología de Maisí II*. Editorial Oriente. Santiago de Cuba.
- Mira Caballos, E. (2000): *Las Antillas Mayores 1492-1550. Ensayos y documentos*. Iberoamericana, Madrid.
- Oliver, J. (1997): "The Taino Cosmos" en *The Indigenous People of the Caribbean*, editado por S. M. Wilson, p. 140-153. University Press of Florida, Gainesville.
- _____ (1998): *El centro ceremonial de Caguana, Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil Taino de Borinquen*. BAR International Series 727. Archaeopress, Oxford.
- Ortiz, F. (1935): "Historia de la Arqueología Indocubana" en *Cuba antes de Colón*. Tomo 2. Colección de Libros Cubanos, Vol. XXXII, Cultural S.A., La Habana.
- _____ (1943): *Las Cuatro Culturas Indias de Cuba*. Biblioteca de Estudios Cubanos, Volumen 1, La Habana.
- Pagán, J. y R. Rodríguez Ramos (2007): "Sobre el origen de la agricultura en Las Antillas" en *Proceedings of the Twenty-First Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*. Editado por B. Reid, H. Petitjean Roget y A. Curet. University of the West Indies. Saint Augustine. p. 252-259.
- Pérez de la Riva, J. (2004): *La conquista del espacio cubano*. Fundación Fernando Ortiz, La Habana.
- Petersen, J.; Hofman, C. y A. Curet (2004): "Time and culture: chronology and taxonomy in the esatern Caribbean and the Guianas" en *Late Ceramic Age Societies in the eastern Caribbean*. Editado por A. Delpuech y C. L. Hofman. p. 17-32. BAR International Series 1273. Archaeopress, Oxford.
- Pichardo, F. (1990): *Caverna, Costa y Meseta. Interpretaciones de la Arqueología Cubana*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- Pino, M. (1995): *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba hasta diciembre de 1993*. Editorial Academia, La Habana.
- Pose, J., R. Sampedro y M. Celaya (1990): "Contribución al estudio de la domesticación de roedores en la época prehispánica mediante el análisis de tomografía axial computarizada, Rayos X y exámenes microscópicos de evidencias óseas" en *Anuario de Arqueología 1988*. Editorial Academia, La Habana, p. 70-83.
- Rives, A.; García, A. y G. Izquierdo (1996): *Investigaciones sobre sitios ceramistas del occidente de Cuba*. Centro de Antropología, La Habana. (Informe inédito).
- Rodríguez Ramos, R. (2001): *Lithic reduction trajectories at La Hueca and Punta Candelerero Sites, Puerto Rico*. Tesis de maestría inédita. Texas A. and M. University.
- _____ (2007): *Puerto Rican Precolonial History Etched in Stone*. Tesis doctoral inédita. University of Florida, Gainesville.
- Rodríguez Ramos, R.; Babilonia, E.; Curet, A. y J. Ulloa (2008): The Pre-arawak Pottery Horizon in The Antilles. A New Approximation. *Latin American Antiquity*, Volumen 19, No. 1, p. 47-63.
- Rodríguez Suárez, R., Arredondo Antúnez, C.; Rangel Rivero, A.; Godoy Hernández, S.; de Lara Hernández, O.; González Herrera, U.; Martínez López, J. y O. Pereira Pereira (2006): "5 000 años de ocupación prehispánica en Canímar Abajo, Matanzas. Cuba" en CD Rom *Memorias de la VII y VIII Conferencia Internacional Antropología*. Génesis Multimedia, La Habana.

- Rodríguez Suárez, R. y J. Pagán Jiménez (2008): "The Burén in Precolonial Cuban Archaeology: New Information Regarding the Use of Plants and Ceramic Griddles during the Late Ceramic Age of Eastern Cuba Gathered through Starch Analysis" en *Crossing the borders. New methods and techniques in the study of archaeological materials from the Caribbean*. Editado por C. Hofman, M. Hoogland y A. van Gijn, p. 159-172. The University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Romero, L. (1995): "Sobre las evidencias arqueológicas de contacto y transculturación en el ámbito cubano" en *La Habana Arqueológica y otros ensayos*. Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- Ross, A. H. (2004): "Cranial Evidence of Pre-Contact Multiple Population Expansions in the Caribbean" en *Caribbean Journal of Science*. Volumen 40, No. 3, p. 291-298.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills*. Yale Publications in Anthropology, New Haven.
- _____ (1992): *The Tainos. Rise and decline of the people who greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven.
- Tabío, E. (1984): "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Islas*, No. 78, p. 35-51.
- _____ (1989): *Arqueología, agricultura aborígena antillana*. Ciencias Sociales, La Habana.
- Tabío, E. y E. Rey (1966): *Prehistoria de Cuba*. Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Trincado, M. N. y J. Ulloa (1996): "Las comunidades meillacoides del litoral sudoriental de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 1, p. 74-82.
- Torres, D. (2006): *Tainos: Mitos y realidad de un pueblo sin rostro*. Editorial Asesor Pedagógico, México.
- Ulloa, J. y R. Valcárcel (2002): *Cerámica Temprana en el Centro del Oriente de Cuba*. View Graph Impresos, Santo Domingo.
- Valcárcel, R. (1997): "Introducción a la Arqueología del Contacto Indohispánico en la Provincia de Holguín, Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2, p. 64-77.
- _____ (1999): "Banes precolombino. Jerarquía y sociedad" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3. p. 84-89.
- _____ (2002): *Banes precolombino. La ocupación agricultora*. Ediciones Holguín, Holguín.
- Valcárcel, R. y C. Rodríguez (2005): "El Chorro de Maíta: Social Inequality and Mortuary Space" en *Dialogues in Cuban Archaeology*. Editado por L. A. Curet, S. Lee y G. La Rosa. The University of Alabama Press. Tuscaloosa, Alabama. p. 125-146.
- Valcárcel, R.; Cooper, J.; Calvera, J.; Brito, O. y M. Labrada (2006): "Postes en el mar. Excavación de una estructura constructiva aborígena en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*. No. 9, p. 76-88.
- Valcárcel, R.; Martinón, M.; Cooper, J. y T. Rehren (2007): "Oro, guanines y latón. Metales en contextos aborígenes de Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 10, p. 116-131.
- Valdés Bernal, S. (1994): "En torno a los remanentes del Aruaco insular en el español hablado en Cuba" en *Inmigración y lengua nacional*. Editorial Academia, La Habana. p. 12-28.
- Vega, B. (1990): *Los cacicazgos de la Hispaniola*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo.
- Velázquez, D. (1971): "Relación o extracto de una carta que escribió Diego Velázquez, Teniente Gobernador de la Isla Fernandina (Cuba) a S. A. sobre el gobierno de ella. Año 1514" en *Documentos para la Historia de Cuba*. Tomo 1. Editado por Hortensia Pichardo. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana. p. 63-75.
- Veloz Maggiolo, M. (1991): *Panorama histórico del Caribe Precolombino*. Edición del Banco Central de la República Dominicana, Editora Corripio, República Dominicana.
- Veloz Maggiolo, M.; Ortega, E. y A. Caba Fuentes (1981): *Los Modos de Vida Mellacoides y sus posibles orígenes (Un estudio interpretativo)*. Publicación del Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.
- Veloz Maggiolo, M. y E. Ortega (1996): "Punta Cana y el origen de la agricultura en la Isla de Santo Domingo" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*. Museo Arqueológico Regional Altos de Chavón, p. 5-11.
- Wilson, S. (2001): "Cultural pluralism and the emergence of complex society in the Greater Antilles" en *Proceedings of the XVIIIth International Congress for Caribbean Archaeology*. Editado por G. Richard, p. 7-13. Association Internationale d'Archéologie de la Caraïbe Région Guadeloupe, St George, Grenada.